AÑO XLIX — Jueves 26 de Agosto de 1909 — NUM. 14.88

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción. En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'05 cts. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones. El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro. Corresponsales en París, *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31 Faubourg Montmartre
La correspondencia al Administrador

Los sucesos de Barcelona

San Pedro de las Puellas

Barcelona 23 Agosto.

La histórica iglesia de San Pedro de las Puellas, el milenario templo de las monjas benedictinas, cuya fundación databa del siglo IX, y al que enriquecieron Ludovico Pío y los primeros condes independientes de Barcelona; la preciada joya del arte bizantino catalán, mencionada y loada en cuantas obras tratan del arte cristiano, fué también incendiada por las turbas en las luctuosas jornadas de la semana trágica.

La antiquísima fachada gótica que daba á la vieja plazuela un típico color, con su portalón sencillo y gracioso, bajo cuya cimbra puntiaguda descansaba la venerable imagen en piedra de San Pedro Apóstol se también víctima del estrago que las llamas hicieron en el edificio; el campanario pre-románico y la cúpula esbelta que vieron el desarrollo de nuestra ciudad durante once siglos, se abatirán para siempre por haber agrietado el incendio los arcos que los sostenían, aquellos viejos arcos ennegrecidos por la patina del tiempo y por el humo del incienso, bajo los cuales resonaron las preces de os fieles desde los primeros tiempos de la reconquista pirenaica, hasta hace pocos días, en que se sintieron extremecer de horror en su decrepitud, al invadir la iglesia veneranda las turbas sedientas de destrucción.

El relato que del incendio de esta notable fábrica por tantos conceptos digna de ser conservada, vamos á dar á nuestros lectores, nos lo ha hecho una discreta señora, algo dada á las letras, que desde uno de los balcones de su casa pudo observar las maniobras de los revoltosos.

Hélo aquí:

«Desde las primeras horas de la tarde del martes, día 27 de Julio, notóse en las calles cercanas á la plazuela de San Pedro gran concurrencia de gentes extrañas, chiquillos y mujeres en su mayoría, que formando grupos vociferaban y gesticulaban como demonios desencadenados.

Los vecinos en su mayoría cerraron puertas y balcones, pues se sabía que habían sido incendiados algunos conventos y se temía el furor de los revoltosos, cuyo número iba engrosando.

Poco antes de las siete acercóse cautelosamente un grupo de hombres á las puertas de la iglesia parroquial de San Pedro de las Puellas, con ánimo sin duda de incendiarlas, yo los miraba desde la salita, ocultándome tras el postigo para que no me vieran. Ante la actitud de aquellos hombres, dióme un vuelco el corazón y temí la destrucción de la vieja iglesia, donde había recibido las aguas bautismales, y que conocía y amaba como mi propia casa.

La presencia de unos pocos soldados y el ruido de una descarga por ellos disparada deshizo el grupo de revoltosos, que se escurrió hacia las Balsas de San Pedro gritando.

Alejáronse al poco rato los soldados, que sin duda tenían su demarcación que recorrer; esto me llenó de tristeza, pues no dudé un momento que las turbas revolucionarias volverían durante la noche para realizar su obra destructora. Así fué, en efecto. A las nueve formóse rapidamente un nuevo grupo frente á la puerta principal de la Iglesia, en el cual abundaban los muchachos callejeros de la peor calaña y las mujerzuelas; rapidamente el grupo engrosó y mientras se fraccionaba en varios, que se alejaron por las calles que á la plaza afluyen, los más audaces rociaron en un santiamen las puertas con petróleo, arrimaron á ellas varios maderos que rociaron también con el líquido devastador y prendiéndoles fuego esperaron á que las llamas aseguraran el progreso del incendio, retirándose entre los vítores y los aplausos de una multitud ignorante y ciega ebria de destrucción.

A media noche la plazuela de San Pedro, desierta por completo, presentaba un aspecto desolador: á la luz amarillenta y temblona de los simulados tederos góticos en que remata la fuente pública, se veía la portada de la iglesia medio roída por las llamas, que habían consumido las recias puertas, penetrando miedosas en el interior del templo que iluminaban con siniestros y ténues fulgores rojos.

Yo desde mi escondite miraba llena de tristeza el tembloroso resplandor del incendio que parecía no atreverse con aquella reliquia del cristianismo barcelonés, y acariciaba la esperanza de que los incendiarios no volverían para rematar su obra villana, salvándose así mi querida parroquia de una inevitable destrucción.

Por desgracia, unos gritos descompasados que se acercaban, y el ruido propio de los tumultos callejeros, me dieron á comprender que lo que habían respetado once siglos llenos de luchas sangrientas, iba á caer al impulso de una turba incendiaria en plena época de cultura popular.

Poco tardé en ver llegar á los energúmenos: era un montón abigarrado de hombres, mujeres y jovenzuelos, que penetraron, presos de horrible furia, en el templo, por el paso que les había abierto el incendio al devorar las puertas. La algarabía que allí armaron fué ensordecedora: yo la oía con el corazón oprimido, con lágrimas en los ojos, y ¿por qué no decirlo?, con ira; sí, señor; con la ira del que no puede evitar una catástrofe que cree evitable.

Gritos descompasados, golpes de piquetas sobre la piedra, de hachas ó martillos sobre las maderas, de cristales rotos violentamente, de objetos derribados y arrastrados sin piedad por el enlosado; todo eso llegaba á mis oídos con un rumor confuso de tempestad lejana: las llamas comenzaron á salir por las ventanas, y los foragidos, hartos de destrucción y de saqueo, fueron saliendo del templo, y á poco se perdieron en la oscuridad. Cuando hubo salido el último, los tres cuerpos de que se componía el edificio estaban convertidos en una inmensa hoguera, y las llamas, furiosas como los incendiarios, comenzaron á agrietar la bóveda y á escalar el cielo.

Yo sentí una honda congoja y rompí á llorar amargamente.

Durante toda la noche el resplandor del incendio me privó de cerrar los ojos, y cuando á las primeras horas de la mañana del miércoles me atreví á asomarme al balcón para darme cuenta del desastre del siniestro, aún pude ver de nuevo una turba de chiquillos y mujeres que acudían allí á completar el saqueo...

La amable señora lanzó un profundo suspiro, y como conociera que le íbamos á pedir detalles, continuó:

—La destrucción ha sido completa, señor. Yo fuí una de las primeras que acudí á la iglesia, y la impresión que esta visita causó en mi espíritu jamás he de olvidarla.

Las reliquias de Santa Severa, tan veneradas por los fieles barceloneses fueron pasto de las llamas lo mismo que los viejos altares y las hermosas imágenes, algunas de gran valor histórico. La pila románica en que recibió las aguas del bautismo San José Oriol, como no podía arder, la destrozó la piqueta demoledora.

En fin... fué una verdadera irrupción de los bárbaros lo que sucedió en San Pedro de las Puellas; el caballo de la revolución ha pisado aquel sagrado recinto como el de Atila pisó nuestro suelo querido, pero hubo un rincón de vetusta iglesia que resistió el ímpetu del bruto enardecido; la capilla del Sacramento en la que se ha podido restablecer el culto.

—Y ¿qué fué del cura párroco?—nos atrevimos á preguntar.

—El señor cura, junto con los demás vicarios, logró con exposición de la vida, retirar de la Iglesia las sagradas formas, librándolas de sacrílega profanación, si bien fueron agredidos.

—¿Cómo?

—Al abandonar la casa rectoral unos sacerdotes, al principio del ataque, la turba hizo fuego sobre ellos, siendo milagro que no hiriesen á alguno. Pero yo no lo ví, porque no podía, desde mi habitación.

—¿Sufrió mucho la casa rectoral con el incendio?

Muy poco, señor; como el templo respetó la capilla del Sacramento, ésta guardó de las llamas el archivo parroquial y las habitaciones del señor cura párroco.

Después de estas palabras, la discreta señora calló breves momentos, sin duda para indicarnos que la entrevista había terminado.

Nosotros lo comprendimos así, y levantándonos le dimos las gracias por su galantería, notando que en sus bellos ojos brillaba una lágrima furtiva.

—¡Sentirá usted mucho lo sucedido!—nos atrevimos á balbucear.

—¡Soy católica, señor, y adoro las obras de arte de mi tierra!

Por estas palabras comprendimos su dolor, y apretando suavemente la mano blanca y fina que nos tendía aquella distinguida barcelonesa, bajamos la escalera y nos hallamos en la calle.

Frente á nuestros ojos y bajo el cielo azul la notable fachada de la destruída iglesia de San Pedro de las Puellas, mostraba los indelebles señales del incendio...

Apretamos el paso, saludando aquella vetusta mole de granito, con el doloroso y espontáneo saludo que se dedica á los muertos, cuyo entierro no se interrumpe el paso.

DEL ARSENAL

Como habíamos anunciado en nuestro número anterior hoy han comenzado los trabajos en la parte del Arsenal que el Estado ha cedido á la Empresa de construcciones navales.

A las 6 de la mañana penetró la maestranza en los talleres, empezando á dicha hora el trabajo que ha durado sin interrupción hasta las doce de la mañana reanudándose después hasta las cuatro de la tarde.

Los obreros de la Empresa son los mismos que han venido trabajando por cuenta del Estado y que hoy con la nueva organización dada al Arsenal quedan en la misma situación con la sola diferencia de que percibirán sus jornales por cuenta de dicha empresa.

Con arreglo á una de las clausulas estipuladas en el pliego de condiciones, se han montado dos enfermerías, la una en los mismos astilleros y la otra inmediata á la puerta que se ha abierto en el muelle de Roldan, que es la de entrada y salida de la maestranza.

Respecto á organización de talleres, y horas de trabajos seguirá todo por ahora como hasta la presente ha venido funcionando.

Una carta del Sultán

Ahora se habla de que Muley Hafid se ha dirigido á las potencias con motivo de nuestras operaciones del Riff. También se ha dicho que nuestro Gobierno tiene una nota del marroquí.

Como vivimos en el mayor misterio, todo son suposiciones. Esto no ocurría en 1893, cuando la anterior campaña melillense. Entonces los periódicos publicaron la carta que el Sultán dirigió á nuestro Monarca y que hoy reproducimos.

El texto íntegro de la carta que Su Magestad Jerifiana dirigió al Rey de España don Alfonso XIII decía lo siguiente:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso. No hay fuerza ni poder sino en Dios clemente y grande.

«Del Siervo de Alah, del que tiene su confianza en Alah, del que pone en sus manos la resolución de sus asuntos

«El Príncipe de los creyentes

«Hijo del Príncipe de los creyentes.»

(Esta frase viene repetida cinco veces)

Hay un signo y no sello del emperador de Marruecos.

«Asístale Alah y concédale sus favores.

»Al querido, honrado y respetado Soberano de la muy noble y respetada nación española el Rey don Alfonso XIII.

»Después de tributar alabanzas á Alah en todos los momentos, cúmplenos manifestaros que los sucesos ocurridos entre las gentes de Melilla y la cábila Ta aya nos produjeron grandísima pena y el más profundo disgusto, así que hemos reprobado el proceder de dicha cábila, complaciéndonos en declararos—no hay fuerza ni poder sino en Alah—que, si sensible hubiera sido esto habiendo ocurrido con cualquier país con quien estamos en relaciones, mucho más lo sentimos por tratarse de España, vecina nuestra que es nación de nuestro más distinguido afecto y á la que profesamos más íntimo aprecio; sentimientos de paz y amistad que vienen desde tiempos de nuestros antepasados y de lealtad acrisolada, que no puede ponerse en duda ni desvirtuarse.

»Y estas nuestras protestas las han leído en aquella cábila, que habrá de ajustarse á ella y á las prácticas de la buena vecindad y amistad, pues nos opondremos abiertamente á todo lo que pueda provocar disgustos y conflictos, á los cuales queremos poner término con el favor de Alah, y si persisten en su rebelión y estado de insurrección es porque se trata de gentes conocidas por sus desmanes y su poco juicio y ánimo levantisco.

«Ya sabeis que varias cábilas del Garb son reacias á la obediencia y hemos tenido que someter á las del Sahara, empresa que nos ha entretenido pero muy pronto, Dios mediante, caeremos sobre las gentes del Riff, para imponer es el justo castigo por sus desmanes, si antes nuestro hermano Muley Jarafa no resuelve estas cuestiones, rogándoos encarecidamente nos concedais alguna espera, pues nos teneis completamente de vuestra parte, por la verdadera amistad que os profesamos, y que no consentiremos jamás que se entibie.

»Y deseándoos todo género de prosperidades y dichas sin cuento, damos fin á doce de Chumeda el 1.º de 1311, que corresponde á 21 de Noviembre de 1893.»

para Dios, para mi madre
y para aquella á quien amo.

Es mi corazón un libro
en el cual llevo anotados
por cada día de goces
cien de penas y de llanto.

Desde el día en que besé
sus mejillas sonrosadas
llevo en mis labios impresa
una fatídica mancha.

Dijiste que era un volcan
tu corazón, y era cierto,
pues enterrado quedé
entre su lava y su fuego.

En el valle entré llorando
las ingratitudes de ella,
y al escucharme, las aves
también lloraron mis penas.

Baldomero Madrid.

1895.

EL GALLO DE MORÓN

Pues señor, hace ya días
que el Eco viene callando,
sin denunciar los abusos
que él ha venido observando,
por si el nuevo Ayuntamiento
los iba de raiz cortando,
pero como aquellos siguen
y el tiempo se va pasando
y se hallan *todas las cosas*
en el mismo *ser y estado*
y siguen los vendedores
al pobre pueblo explotando,
pues tanto en frutas y carnes
como en harinas y caldos,
en legumbres y hortalizas
aún nos siguen... guarda «Pablo»
no pronuncies esa frase
que te puede costar caro;
debo la voz levantar
por ver si consigo algo,

y le anuncia ¡infeliz! que ya es la tarde
la nieve de sus canas!

Extinguióse ya el fuego que su pecho
en amor abrasaba,
y del hombre no queda... ¿estás llorando?
ya comprendo la duda que te asalta!

. . . . . .

Hay amores que nunca el tiempo mismo
borrar puede del alma;
de una mirada nacen, y terminan...
cuando la vida acaba!

Pero... ¡qué dije! ¿A nuestro amor inmenso
la misma muerte aguarda
que á la materia vil, que se consume
bajo la losa de la tumba helada?

¡No! ¡no terminará! Solo un instante
la muerte nos separa,
y más puro el amor, eterno brilla
de Dios en la morada!

Eduardo Martinez Illescas.

1877.

YO ME LA IMAGINO...

Yo me la imagino...
Anhelo que sea,
De ojos muy azules,
Tímida, modesta,

Que su cara dulce
Tranquila y serena
Y sus limpios ojos
Irradien tristeza.

Yo me la imagino...
Como quien espera
¡Como si esperara
Algo que no llega!

. . . . . .

La beso con mimo,
Muy triste, con pena;
¡Como si besara
Una cosa muerta!

Luis de Luna.

1905.